

Inconveniente, que la Cooperación sea Dogma
Enfrentarse no Siempre es Estéril

- ★ A Díaz y a Huerta Poco les Valió ser Amigables
- ★ Carranza, en Cambio, Revigorizó el Nacionalismo
- ★ Todo Depende de la Inteligencia y Sensibilidad

LORENZO MEYER

En la tradicional ceremonia oficial con que el Presidente estadounidense recibe a los Jefes de Estado extranjeros en la Casa Blanca, el Presidente Salinas de Gortari pronunció un discurso en el que, entre otras cosas y según se informó en EXCELSIOR, declaró, refiriéndose a la relación de México con su vecino del norte, que "la historia nos enseña «qué valioso es para ambos cooperar y qué estéril es la confrontación»".

En términos generales, la afirmación hecha por nuestro Presidente ante el estadounidense es una verdad

SIGUE EN LA PAGINA CATORCE

Nueva era de Buena Voluntad que Puede Tropezar con los Complejos Problemas aún no Resueltos

SALLY SHELTON-COLBY

ex subsecretaria de Estado adjunta para América Latina

La reciente visita de estado del Presidente Carlos Salinas de Gortari a Washington pone en relieve el surgimiento en Estados Unidos de un grado de optimismo sin precedente sobre el estado de las a menudo reacias relaciones mexicano-estadunidenses.

SIGUE

PAGINA CATORCE

44A EXCELSIOR Miércoles 11 de Octubre, 1989

ENFRENTARSE

Sigue de la Primera Pínea

evidente y tan grande como un templo. Pero, desafortunadamente, en el campo de la explicación histó-

rica lo evidente no siempre resulta ser lo real, de no ser ese el caso, el oficio de historiador sería francamente aburrido.

Es obvio que en las rela-

ciones internacionales hay que favorecer a la cooperación por sobre la confrontación siempre que se pueda... y se deba, pero la historia nos muestra que no debe-

NO SIEMPRE ES ESTERIL

mo, hacer de esta idea una regla absoluta, un dogma, pues justamente en las relaciones México-Estados Unidos hay varios ejemplos que nos demuestran que, por paradójico que parezca, puede haber para México fertilidad en la confrontación con su vecino del norte y esterilidad en la cooperación.

Como punto de partida, conviene dejar sentado que, efectivamente, muchas veces la confrontación de México con Estados Unidos —confrontación siempre entre desiguales— ha sido no sólo un esfuerzo estéril sino quizá algo peor: un error criminal. En varios de los choques que tuvieron lugar entre los dos países a lo largo de más de 160 años de relaciones, el interés nacional mexicano no sólo no ganó nada sino que francamente salió perdiendo y mucho. Por lo tanto, es de sentido común tratar de evitar la confrontación entre el fuerte y el débil, sobre todo si uno está en el lado débil y sin embargo, en determinar las circunstancias —no obstante la desigualdad de las fuerzas—, México no ha salido bien librado de la confrontación con la gran potencia, sino que ganó más de lo que hubiera podido obtener cooperando. Así pues, no conviene hacer un principio, un dogma, de la cooperación.

En las circunstancias de la primera mitad del siglo XIX, la confrontación como vía para hacer avanzar el interés nacional mexicano frente al norteamericano tuvo poca viabilidad. La disparidad de poder y la oposición irreductible de los intereses —disputa por la soberanía sobre el mismo territorio— hizo que México saliera perdiendo siempre. Sin embargo, la situación cambió en el siglo XX, pues la interacción entre ambas sociedades se hizo más compleja, y con ello la parte débil tuvo un abanico mayor de posibilidades para enfrentar a la parte fuerte. Fue entonces cuando la confrontación no necesariamente desembocó en derrota ni la cooperación en ganancia. Veamos, para empezar, ejemplos de cooperación estéril.

A don Porfirio, de poco le valió haber sido un cooperador con las múltiples empresas norteamericanas que existían en México en 1910. Cuando el amigable dictador le pidió al gobierno de Washington que persiguiera con eficacia a los rebeldes antiporfiristas que operaban en la orilla norte del Bravo, en particular a Madero, la respuesta norteamericana fue menos firme y decidida de la que el viejo dictador mexicano había previsto, y a la que supuso tener derecho en vista de su previa cooperación con Estados Unidos. Fue por ello que Díaz se marchó al exilio en 1911, amargado por la obvia ingratitud de Estados Unidos.

Nadie puede negarle al general Victoriano Huerta una enorme disposición a cooperar con Estados Unidos en 1913. Sobre todo después del entusiasmo notable con que el embajador norteamericano le había auxiliado en su propósito de llegar a un arreglo secreto con los rebeldes de La Ciudadela que buscaban derrocar al gobierno democráticamente elegido del Presidente Madero. En la obra de la señora Edith O'Shaughnessy —esposa del entonces encargado de negocios de Estados Unidos en México—, se refleja con claridad meridiana la voluntad de Huerta para cooperar con el gobierno y los inversionistas norteamericanos. Sin embargo, y al final de cuentas, esas ganas del dictador

mexicano por entenderse con la potencia vecina, no le sirvieron de nada una vez que la presidencia de Estados Unidos cambió de manos y viró en 180 grados el rumbo de la política norteamericana hacia México. Para el diseño de la política de Estados Unidos hacia países periféricos ideado por Woodrow Wilson, resultaba imperativo que el general Huerta (y sus métodos poco modernos) fueran sustituidos por otros más a tono con la democracia. Así pues, al general Victoriano Huerta la cooperación no le resultó un campo fértil.

Al pasar del enfrentamiento a la cooperación al finalizar 1927 —como resultado de su acuerdo informal con el embajador Morrow— el general Calles logró que Estados Unidos le auxiliara a poner pronto fin a la rebelión escobarista y a negociar la rendición de la Iglesia Católica, pero para el interés nacional en su conjunto, la cooperación del callismo con Estados Unidos no dejó nada notable como resultado y si una herencia de conservadurismo insano.

En contraste con los casos anteriores, destaca el de Venustiano Carranza, un confrontador casi instintivo de Norteamérica. Y pese a su no cooperación con Washington, sus éxitos en política exterior son evidentes. Hoy se considera a la "Doctrina Carranza" —producto de la lucha abierta contra los norteamericanos, y que afirma entre otras cosas, la igualdad jurídica de los Estados, el principio de no intervención, la solución pacífica de las controversias y la solidaridad latinoamericana— como una de las piedras angulares de la política exterior mexicana.

El éxito histórico que tuvo la política del señor Carranza, resulta particularmente sorprendente si se consideran las circunstancias en que tuvo lugar. Por un lado, México estaba sumido entonces en una brutal lucha interna que lo desangraba y que, por un período breve pero dramá-

tico, hizo que el Estado mismo prácticamente desapareciera. Por otro lado, Estados Unidos era una potencia en ascenso, que al concluir en 1918 la guerra sucidia que Europa hizo contra sí misma, surgió como la primera potencia mundial.

Como todos sabemos, fue en esa circunstancia aparentemente poco propicia, que Carranza, en vez de cooperar con Wilson y aceptar que la presencia militar norteamericana en Veracruz en 1914 era un acto de apoyo a las fuerzas constitucionales en su lucha mortal contra la tiranía militarista de Huerta, decidió negar cualquier legitimidad a la acción norteamericana en contra del enemigo del carrancismo y exigió, en cambio, el desalojo inmediato del puerto mexicano. Carranza volvió a enfrentar a Norteamérica poco después, cuando el Presidente Wilson buscó —con la ayuda de un tanto forzada de Argentina, Brasil y Chile—, mediar en el conflicto interno mexicano; Carranza negó a Washington y sus aliados latinoamericanos, cualquier derecho a opinar en asuntos internos mexicanos. Carranza se volvió a negar a cooperar cuando en 1915 Wilson decidió enviar al general Pershing a buscar a un enemigo mortal de Carranza: a Villa. En el Carrizal, las tropas de Carranza se enfrentaron no a los villistas, sino al enemigo de su enemigo: a las tropas norteamericanas.

En 1918 y 1919, cuando ya Estados Unidos era la mayor potencia mundial, Carranza no dudó en tratar de cambiar, en beneficio del Estado mexicano, las reglas que regían la actividad de las empresas petroleras extranjeras, y de meter en la cárcel al entonces simple cónsul estadounidense en Puebla, el señor William Jenkins, especulador con bienes raíces y de quien las autoridades carrancistas sospecharon que se había autosequestrado con la complicidad con gentes de Manuel Peláez, para provocar un incidente que die-

ra pie a una nueva acción militar de Estados Unidos contra México. Los decretos petroleros de Carranza y el "caso Jenkins" sirvieron para que dentro del Departamento de Estado, se propusiera, abiertamente, la invasión de México como la mejor solución al problema planteado por la revolución al sur de la frontera norteamericana.

Carranza finalmente cayó, pero su derrocamiento y asesinato no fueron el producto de su enfrentamiento con la Unión Americana, sino de procesos internos. Y hoy podemos percatarnos de que gracias a la decisión de Venustiano Carranza de no cooperar y sí enfrentar a Estados Unidos, al momento de gran debilidad interna que significó la gran guerra civil mexicana, no pudo ser aprovechado por Estados Unidos para ahondar el proceso de subordinación de México, como sí había sido el caso, por ejemplo, de Cuba y su guerra de Independencia. El enfrentamiento del carrancismo con Norteamérica resultó, a la larga, en una revalorización del nacionalismo mexicano y en la creación de un capital político que sirvió para legitimar a la Revolución mexicana por muchos, muchos años. Ahora bien, no se puede negar que la política carrancista de enfrentamiento entrañó peligros y muy grandes, pero al final resultó enormemente positiva y, desde luego, muy alejada de la esterilidad.

Después de Carranza y antes de Cárdenas, los enfrentamientos México-Estados Unidos fueron menos fructíferos y algunos francamente estériles. Sin embargo, hay que reconocer que el general Obregón mostró de muchas maneras su deseo de cooperar pero no al punto de aceptar firmar un tratado internacional propuesto por Washington y que reconocía, explícitamente, la no retroactividad de la Constitución de 1917. Se puede argumentar que, finalmente, Obregón terminó firmando los acuerdos de Bucarell, pero a fin de cuentas éstos fueron acuerdos entre presidentes y no tratados internacionales, por ello, Calles los pudo

hacer a un lado. Valló entonces la pena el enfrentamiento. El Presidente Pascual Ortiz Rubio le dio un gran disgusto al embajador Morrow al no aceptar (como sí se hace ahora) poner en la lista de prioridades del gobierno mexicano, el pago de la deuda externa por arriba del gasto público en infraestructura. Finalmente, está el enfrentamiento cardenista.

Cárdenas se enfrentó a los norteamericanos —en particular al secretario de Estado, Cordell Hull—, en varias áreas. Para empezar está la expropiación petrolera, acción que se efectuó sin dar la compensación adecuada, inmediata y en efectivo, que demandaba la diplomacia norteamericana. Luego están las expropiaciones de tierras —en particular las del Valle del Yaqui— donde la situación fue, en esencia, similar a la petrolera. La venta del petróleo expropiado a Alemania, Italia y Japón en vísperas de la guerra, no dejó de notificar a Estados Unidos. Ahora bien, y esto hay que subrayarlo, el cardenismo no fue puro enfrentamiento, sino una inteligente mezcla de enfrentamiento con cooperación. Esta última se dio en el apoyo mexicano a la política de "Buena Vecindad", que era la piedra fundamental del proyecto latinoamericano del Presidente Franklin D. Roosevelt.

Creo que los ejemplos anteriores son suficientes para asentar que no es válido afirmar, de manera general y tajante, que en la historia de las relaciones entre México —país periférico— y Norteamérica, —nación siempre con mayor poder—, el enfrentamiento ha sido estéril. Lo estéril o fructífero de enfrentar a Estados Unidos ha dependido de las circunstancias internacionales, de los objetivos de la élite gobernante, del apoyo interno que el gobierno haya podido lograr para aguantar el embate norteamericano, y de la inteligencia y sensibilidad de los dirigentes mexicanos para aprovechar circunstancias y minimizar peligros.